

## CUARENTA AÑOS DE VERBO

POR

MIGUEL AYUSO

Con este número que tienes en tus manos, amigo lector, se cierra la serie número XI de *Verbo*. Cuarenta años de aparición ininterrumpida, primero en entregas mensuales, luego bimestrales y pronto, con la lógica pausa de las vacaciones estivales, a razón de cinco números al año. Así creo que ha venido ocurriendo desde la serie XIV, en 1975. Cuarenta años de aparición de una revista libre, que no ha contado con subvención estatal alguna, pero tampoco de la Iglesia ni de ayuda de ninguna institución privada, siquiera fuera en forma de publicidad o de suscripciones financiadas. Cuarenta años de aparición de una revista con signo, de formación cívica y acción cultural según el derecho natural y cristiano, sostenida exclusivamente por sus lectores y por la generosidad de un grupo de amigos, amigos de la Ciudad Católica, fieles al designio —expresado por San Pío X, el último papa santo— de que la civilización cristiana ha existido y existe y que no se trata sino de instaurarla y restaurarla sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la revolución, de la utopía malsana y de la impiedad. Cuarenta años de aparición de una revista de altura, de formato y factura académicos, crecientemente académicos, y de temática principalmente volcada sobre la filosofía de las cosas humanas, sobre la filosofía práctica, esto es, moral, social, jurídica, política y económica, aunque con apertura a la filosofía teórica, a la metafísica principalmente, y a la teología. Cuarenta años de aparición apacible al tiempo que combativa, catequética sin dejar de convertirse en ocasiones en apologética, sin discon-

tinuidades o rupturas doctrinales, fundada sobre amplios acuerdos más allá de las legítimas opiniones de sus colaboradores sobre las cuestiones dudosas y vidriosas, con ser tantas, sobre todo con el discurrir de unos años en que había de producirse en el mundo, pero sensiblemente en España, un cambio social, político y religioso sin precedentes. Quizá —por no callar nada— sólo en el asunto de las novedades del II Concilio Vaticano, que tanto ha envenenado las cosas entre los católicos, se ha podido percibir el rastro de la disidencia, entre, de un lado, la explicación complaciente que busca aclarar las nuevas lagunas por las firmezas de siempre, mayoritaria, y —de otra parte— la de quienes, en minoría de relativa importancia, han preferido aferrarse a éstas ante la vaporosidad y los efectos de aquéllas: con todo, ni siquiera discusión tan grave ha llegado a terminar de romper el grupo intelectual, a diferencia de lo ocurrido en tantos otros lares, a empezar por ultrapirineos.

La historia de *Verbo* y de la Ciudad Católica, más difícil ésta, al no consistir en un organismo corporeizado, estructurado y jerarquizado, sino realmente en un grupo de amigos con múltiples iniciativas, aunque sean la revista y las reuniones anuales los elementos que más inciden en su identificación, va teniendo ya no sólo sus páginas sino también sus capítulos. A los veinticinco años, Germán Álvarez de Sotomayor, a la sazón presidente de Speiro, arquitecto, hombre de rica peripezia vital —de la que ha quedado fragmentaria referencia en un notable libro de memorias de nuestra guerra— y enorme humanidad, y Estanislao Cantero, uno de los miembros más constantes e imprescindibles del *staff* de la revista, de su sociedad editorial y de la Fundación que embalsa las energías —desaparecida, por cierto, recientemente la segunda en beneficio de la última, pequeña operación de cirugía jurídica sin mayor importancia— ofrecieron desde estas páginas la breve síntesis de *Verbo* y de las Reuniones de amigos de la Ciudad Católica. Hoy, quien desde 1991 se viene ocupando de la revista, siempre bajo de la dirección de Juan Vallet de Goytisolo, que de hecho la ejerció incluso durante la larga época en que nominalmente le estaba atribuida al inolvidable José Antonio García de Cortázar y Sagarmínaga, periodista de

mérito, notario escrupuloso y, sobre todo, legionario, tal es la impresión que le hizo su paso por el Tercio en nuestra guerra, no tiene más pretensión con esta nota que llamar la atención de los lectores, sobre todo de los que no lo sean de la primera hora, sobre la envergadura del proyecto y las grandes líneas de sus realizaciones en cuatro decenios. Toda una vida.

Ha sido Vallet, en varias ocasiones y entre ellas en un texto de imprescindible lectura para la intrahistoria de esta obra de apostolado intelectual y político —la máxima forma de caridad según el texto de Pío XI que tantas veces nos hemos complacido en citar—, quien ha acertado a discernir los distintos influjos y corrientes que convergieron en el nacimiento de *Verbo* y de la Ciudad Católica. Fue, no podía ser de otro modo, con ocasión de trazar la semblanza de Eugenio Vegas Latapié, que fue el que descubrió la matriz francesa avanzados los años cincuenta, quien reunió con el entusiasmo de siempre a diversos grupos de sus amigos para acudir a ella a nutrirse, y quien —después de haberla traído a nuestro suelo— la regó y la cultivó con mimo, hasta que Juan Vallet, con su prodigiosa energía, vino a darle el relevo, lo que Eugenio, con abnegación y rectitud de intención, aceptó de buen grado. Vamos a tratar de resumirlo.

Primeramente, se halla en *Verbo* y bien nítida la huella de Eugenio Vegas. Como acabamos de decir fue él el fundador y quien con generosidad abrió el cauce para que allegasen en él otros manantiales. Pero el primer caudal no podía sino proceder de él. Caudal insustituible, tal era la personalidad de Eugenio, que deliberadamente no quiso repetir el modelo de *Acción Española*, sino que quiso hacer otra cosa, eso sí, en la línea de toda su vida: la formación de élites en el derecho público cristiano. Buena parte de sus amigos habían iniciado por entonces trasbordos de mayor o menor vuelo, y aun así aportó brazos para la nueva tarea. Cómo olvidar a José Antonio García de Cortázar, antes mencionado, o a Gabriel Alférez, pulcro en sus escritos, sobrio en sus palabras, bondadoso en sus gestos, siempre discreto y eficaz y que hasta en la última hora demostró lo que significaba para él nuestra tarea. De Gabriel de Armas, en cambio, orador extraordinario, según se cuenta, poco o nada puedo decir,

por no haberle conocido personalmente, aunque por amistad ulterior con su stirpe puedo imaginar la que debió una ser una personalidad más que notable extraordinaria.

Y cómo no mencionar inmediatamente a otros, como Guillermo González Arnao, o los Rato, o el maestro de la arqueología Martín Almagro —que en los cuarenta había escondido a Eugenio en las excavaciones de Ampurias antes de pasar oculto la frontera camino de Francia huyendo de las represalias, por cierto justificadas, a cuenta de su constante conspiración contra el régimen—, Manuel Arquer, Luis Chico de Guzmán, Augusto Díaz-Cordovés, Pepe Cervera y Paco Gomis. De todos, sólo he tenido ocasión de tratar a los tres últimos, ido ya Augusto y únicos sobrevivientes, y en plena forma, gracias a Dios, los otros dos. Augusto, coronel de artillería, era no bueno, sino buenísimo. De piedad acendrada y ausente de beatería cargante, estaba en todo y no se notaba. Sí que se notó y mucho, en cambio, su falta. Pepe, siempre activo, nervioso y cordial, con participación esporádica pero constante. Paco, de quien puedo decir con orgullo que soy amigo suyo, un caballero de una pieza, que contrasta con la vulgaridad del siglo, e introduce siempre una bocanada de aire puro, de nobleza de las que exige y obliga.

Y también de los más jóvenes, tal era su capacidad de atraer pese a las diferencias de generaciones, como José Luis Vives, Emilio de Miguel, Gonzalo Muñiz —auténtico superdotado, que todo lo sabe y lo recuerda y lo cuenta apasionadamente, y al que la triste situación presente le privó llegar a la cabeza del escalafón de su cuerpo, el de auditores de guerra del Ejército, como por su hoja de servicios merecía, lo que ha llevado de modo desenfadado y sin hiel, cosechando los mayores éxitos en el foro, como abogado, en asuntos precisamente castrenses—, Juan José Morán, tan fiel y generoso, buen abogado, que mucho nos ayudó en el funcionamiento de las sociedades y fundaciones, o a Paco Pepe Fernández de la Cigoña, de tantos saberes y tan mordaces, en especial los históricos y eclesiásticos de los siglos contemporáneos, probablemente no hay quien le iguale, y si se ignora su obra débese sobre todo a la frivolidad y al sectarismo de nuestra academia patria, y a que decididamente... le trae sin cuidado,

contertulio de primer orden y que tantas páginas ha llenado de nuestra revista.

En segundo lugar, vino el tradicionalismo político español, particularmente legitimista, esto es, el carlismo. Vegas había contado para *Acción Española* con Víctor Pradera y "Javier Reina", y en *Verbo* iba a disponer de un grupo extraordinario de intelectuales y publicistas. A comenzar por Rafael Gamba, que comenzó su colaboración bien pronto, recién terminada la fase fundacional, y que hasta hoy es un puntal de *Verbo* con sus acerradas y a veces demasiado espaciadas contribuciones. Gamba, probablemente uno de los grandes maestros del tradicionalismo del siglo xx, viene a ser así uno de los puntos de referencia de *Verbo*, a la que ha aportado, junto con su obra, su sangre, en las figuras, también de relieve, de Andrés y José Miguel, sus hijos, ambos profesores universitarios valiosos y acribiosos. Alberto Ruiz de Galarreta, con sus innúmeros pseudónimos, y sus innúmeras sugerencias, es un centinela en permanente acto de servicio, que llegó de la mano de Eugenio Mazón. De él hemos recibido decenas de crónicas inteligentes, de notas perspicaces, de informaciones agudas. Animador permanente de la vieja célula de Sanjurjo, 38, el declinar de ésta no le ha llevado a abandonar el puesto, y privadamente no deja de comunicar cuanta noticia recibe que pueda animar acciones en pro de la tradición católica de España contra la rampante revolución anticristiana.

Pero también muy pronto comenzó el intercambio con la *Schola Cordis Iesu* barcelonesa, que el padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús, animara con tanto entusiasmo y celo apostólico, y que en los años de que estamos hablando comenzaba a dirigir el profesor Francisco Canals Vidal, catedrático de metafísica, pero de saberes mucho más dilatados, de la teología de la historia a la historia política y a la cultura catalana. A partir de ahí llegarían, en una primera hornada, los profesores Petit y Alsina, herederos del carisma de la escuela en todas sus ramificaciones, respectivamente catedráticos de filosofía de la naturaleza y de sociología en el *alma mater* barcelonesa; luego Eudaldo Forment, sucesor de Canals en la cátedra de metafísica, volcado principalmente en la explicación del tomismo según los parámetros de esa

escuela, que ha comenzado a ser conocida como la Escuela Tomista de Barcelona; y, finalmente, muy cerca de nuestros días, Jorge Soley, Miguel Ángel Belmonte y Javier Barraicoa.

A mediados de los sesenta se inicia también la participación de Francisco Elías de Tejada, que llegó con su nutrida escuela, pronto volatilizada: Badillo, Brufau, Fernández-Escalante, Lamsdorff, López Calera, Pérez Luño, Porras del Corral, Puy, Serrano Villafañé, etc. Algunos pasados al moro, otros simplemente complacientes con él, debilitados los más, siempre fieles y leales los menos, lo cierto es que la desaparición del profesor Elías de Tejada nos privó en buena medida no sólo de su ciencia descomunal y firmísima, sino también de la más menguada y lábil de buena parte de sus acólitos. También desde el carlismo llegaron más tarde Alvaro d'Ors y Javier Nagore, queridos amigos y colaboradores hasta hoy. En particular, Alvaro d'Ors, una de las mayores cabezas de España, del que si se puede decir con justicia que es uno de los mayores romanistas de Europa, lo es al precio de correr el riesgo de dejar en penumbra otros muchos méritos, ha enriquecido estas páginas con sus siempre penetrantes y tantas veces controvertidas posiciones. Por lo que hace a Javier Nagore, encarnación de la navarritud, notario y foralista de verdad, también es grande nuestra deuda con él.

Y Carlos Etayo, también navarro, también carlista y uno de esos tipos que uno no cree que puedan encontrarse en nuestro tiempo indigente: marino de guerra retirado prematuramente y consagrado en exclusiva a la militancia católica y contrarrevolucionaria, con sus barbas de capitán de la gesta evangelizadora de las Américas, que ha hecho la ruta de Colón con sus mismos medios mientras sacaba los colores a las autoridades de nuestra Armada por su desconocimiento de la arqueología naval, y que en cambio ha recibido el reconocimiento de la Academia de Marinha portuguesa. Desde fuera de las fronteras entecas de este trozo de las Españas que es hoy España también han arado ese campo el brasileño José Pedro Galvão de Sousa, una de las personalidades más destacadas del iuspublicismo cultivado según nuestra tradición política en el siglo xx, y Federico Wilhelmsen, profesor de la Universidad de Dallas, pensador original y a quien

se deben algunas de las colaboraciones más notables para la autoidentificación del carlismo contemporáneo. Hoy ambos fallidos, su recordación es motivo a la par de nostalgia y de esperanza.

Pero el carlismo no ha dejado de llevar a este surco operarios, y el artista, porque me parece que es lo que es en su fondo, aunque de una estética entrelazada fuertemente con la ética —según la tesis clásica de los trascendentales del ser— canario José de Armas y su encantadora familia, o las hijas mayores de Paco Pepe Fernández de la Cigüña, o quien redacta esta nota también proceden de esa lealtad secularmente sostenida y a los ojos de tantos incomprensible, pero que no deja de ser el hilo por el que la *christianitas minor* de las Españas se ha prolongado por encima de la exterioridad desmedulada de la España de la revolución liberal y sus secuelas de todo orden.

En tercer término, está el influjo francés de la *Cité Catholique*. Jean Ousset, hombre extraordinario, autodidacto, energético, supo concitar muchas voluntades en su torno, hasta que la coyuntura política francesa, en particular tras la guerra de Argelia, y la peripecia postconciliar, que en Francia llevó a una resistencia firmísima en la persona y la obra de Monseñor Marcel Lefebvre, forzó la separación, a veces con cierta agresividad, otras en forma más discreta, pero casi siempre hacia la incomunicación. El haber hallado nosotros una convivencia en que la discusión acerca de tales posiciones no llevara a esas consecuencias permitió, no sin conflictos, de un lado, que la amistad y la influencia de Ousset y de quienes con él quedaron —en particular no podríamos dejar de mencionar a Patricio Jobbé-Duval, amigo entrañable de todas las horas, a Jean-Pierre Morcau, que nos acompañó algunos años, y a Jacques Trémolet de Villers, sucesor de Ousset, excelente abogado en causas nada fáciles, con los que Estanislao Cantero y quien firma estas líneas compartimos momentos inolvidables en 1992 en Versalles, durante una reunión en que nos encontramos también con viejos amigos como Rémi Bert, el profesor y premio Nobel Jérôme Lejeune y S. A. R. Don Sixto Enrique de Borbón Parma, heredero de la legitimidad carlista— se mantuviera, a través de su venida a nuestras reuniones

anuales, y de los artículos de su autoría que publicamos; mientras que, de otro, seguimos estampando contribuciones de Madiran, Salleron, De Corte, Thibon o los Charlier, que giraban en torno de *Itinéraires*, que tanto agradaba a Eugenio Vegas, quizá por ser él mismo de progenie integrista. A él debo, en mis visitas semanales, y a veces incluso más frecuentes, a su casa, haberme introducido en el mundo apasionante de esa revista, y de sus colaboradores, y en particular de su inspirador, Jean Madiran, a quien Charles Maurras saludó en sus últimos años —y he tenido ocasión de recordarlo más de una vez— como su sucesor, ¡precisamente junto con Ousset!, una de las plumas mejor cortadas del ensayo cultural y filosófico, pleno de acentos polémicos, hodierno. Pero también Louis Salleron, profesor del Instituto Católico de París, luego claro está represaliado, el economista que difundió la importancia de la propiedad colectiva, en un ensayo original por desgracia arribado, y el católico preocupado por la deriva conciliar, que dedicó un libro durante muchos años único e imprescindible crítico de la reforma litúrgica. Y el profesor belga, De Corte, de un aristotelismo prístino y de un maurrasismo depurado, autor de los ensayos más duros sobre la deriva conciliar y de los más agudos sobre la filosofía moral y la antropología contemporáneas. Y Gustave Thibon, el filósofo campesino, cuyas páginas entrecortadas abrían siempre surcos en la tierra y estelas en el cielo. Finalmente, los hermanos Henri y André Charlier, discípulos de Péguy, pero también de Maurras, artistas que podían escribir un libro conjunto sobre el canto gregoriano, mientras Henri dejaba pruebas de su ingenio y su buen sentido en sus ensayos sobre la educación, sobre la reforma institucional o sobre la historia de Francia, amén de sus esculturas y pinturas de gran fuerza expresiva y de una fe acendrada y vivísima, incontaminada por la blandenguería de tantos ambientes eclesiásticos, al tiempo que André cincelaba sus dotes de educador en sus *Cartas a los Capitanes*. Del grupo que quedó con Ousset, no sin cismas posteriores, siguieron colaborando y manteniendo el contacto Michel de Penfentenyo, Marcel Clément —director durante tantos años, hasta el punto de identificarse con él, de *L'Homme Nouveau*—, Michel Creuzet —del que publica-



mos sus estimables libros sobre los cuerpos intermedios y sobre el protestantismo y su sociología— y Arnaud de Lassus.

Hay, sin embargo, un cuarto afluente en *Verbo* y la Ciudad Católica y que no es otro que la propia obra de Juan Vallet. Uno de los máximos juristas del siglo, hombre de cultura portentosa y publicista infatigable, sobre todas estas cosas —para lo que hace a nuestro tema— queda su faceta de organizador, de compenedor, de *manager* entusiasta y eficaz. Resulta difícil pensar que la constelación de personalidades bien definidas como las que han ido saliendo en las líneas anteriores hubieran podido fraguar en un equipo coherente sin alguien que hubiera realizado el sacrificio de poner su tiempo, su dinero y su energía al servicio de los demás, coordinando, organizando, convocando, realizando las tareas menores de la redacción. Sí, Vallet ha sido *Verbo* en modo singular, pues se ha producido una identificación de su persona con la obra, poniendo su sello, pues no podía ser de otra forma, pero un sello abierto y generoso. También Vallet ha movilizado todo el acervo de sus relaciones sociales y profesionales, pienso en José Antonio Hériz y Alberto Martín Gamero, a quienes no traté, Pepe Gil Moreno de Mora —que atesoraba la sabiduría de la tierra, de su tierra catalana, y que estaba dotado de un fogoso genio artístico, todavía hoy un crucifijo de su obra preside nuestra sala de juntas—, Jerónimo Cerdá —cuya evocación no deja de producirnos escalofríos, pues se nos fue en plena madurez, junto con su mujer, María Teresa, con la que tan unido estaba, también en la entrega a nuestra obra, cuando venían en acto de servicio a una de nuestras cenas de San Fernando—, o el querido José María Piñol, delicia de contertulio en su etapa madrileña, y gozo en el recencuentro desde hace años, en que tras la jubilación definitiva del notariado, primero le había llegado en el cuerpo de registradores, al que también pertenecía, se ha vuelto a instalar —es un decir, tal es lo inquieto de su temperamento— en Barcelona.

Pero puede afirmarse que todos los que, de una manera u otra, con mayor o menor intensidad, han pasado por la Ciudad Católica, y han colaborado en *Verbo*, lo han sido por Vallet, hasta el punto de que el prestigio de la revista en buena parte ha sido

el prestigio de Vallet. Aunque a algunos les fastidiara —sobre todo en los ambientes académicos holgazanes, caóticos y feudales, que no le perdonan haber dado vida a una escuela seria, honorable y desinteresada, que no depende de la munificencia de quien reparte cátedras o prebendas— la obra de Vallet ha pasado a un grupo de personas que se adscriben a sus criterios y le tienen, por más que con toda modestia, por maestro. A comenzar por Estanislao Cantero, hombre capital en toda la obra de la Ciudad Católica, y siguiendo —con más o menos frecuencia— por quien firma esta nota, Consuelo Martínez-Sicluna, José Miguel Serrano, Evaristo Palomar, Juan Cayón, María del Carmen Fernández de la Cigoña, José Joaquín Jerez, etc., en múltiples empeños, entre otros, el propio seminario de la Sección de Filosofía del Derecho de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, por él creado hace una docena de años y que sigue dando frutos para fastidio de enanos. Su quehacer concentrado en su magna obra de metodología jurídica, gracias a Dios en su recta final, no le ha privado de seguir colaborando, participando, dirigiendo todas y cada una de nuestras actividades.

Pero *Verbo* ha servido para canalizar una nutrida y fecunda red internacional del pensamiento tradicional, que podríamos llamar contrarrevolucionario si no diera tal término primacía, cuando menos cronológica, al no-ser respecto del ser, a la revolución destructiva respecto de la tradición edificante. Mencionados los franceses, y algunos de los hispánicos militantes del legitimismo carlista, como Galvão de Sousa y Wilhelmsen, quedan sin embargo muchos de quienes se han paseado por estas páginas y de quienes nos han confortado con su amistad y su trato, ora frecuente, ora discontinuo. La reunión de los martes en nuestra sede de la calle José Abascal, durante muchos años General Sanjurjo, siempre ha contenido una dosis de sorpresa, consistente en saber qué amigo del universo mundo nos visita y al cual acompañamos luego a cenar: lo mismo puede ser el mejicano Federico Muggenburg, asesor del empresariado de su país y hombre de recónditos contactos en los pasillos vaticanos, que los chilenos Juan Antonio Widow —el filósofo que ha recogido la antorcha del padre Lira, esto es, tomismo, tradicionalismo-integrista e his-

panismo a la vez, en una sabia y armoniosa proporción—, Gonzalo Ibáñez —también universitario delicado y diputado en este momento—, o Cristián Garay —una de las figuras de las nuevas generaciones, historiador con firmes criterios doctrinales y amplias perspectivas políticas—, o los argentinos Alberto Boixadós —fallecido hace no mucho, magnífico escritor y que consagró sus últimos esfuerzos a la denuncia de la ola gnóstica de la postmodernidad—, Enrique Zuleta —junior, filósofo del derecho finísimo, que tantas tardes compartió con nosotros para luego alejarse demasiado—, Carlos Ignacio Massini —destacado en el campo de la filosofía jurídica y también ausente desde hace años—, Mariano Castañeira —hombre de letras y de negocios en sutil combinación cuya esforzada fórmula es un secreto que algún día nos habrá de desvelar—, Juan Fernando Segovia —historiador del pensamiento político, constitucionalista e intelectual de amplios vuelos que no le mueven de sus sólidos cimientos, en quien tenemos grandes esperanzas de futuro— y Patricio Randle. Patricio, arquitecto, catedrático de Universidad, investigador del Consejo de su país (CONICET), autoridad mundial en problemas urbanísticos y territoriales, con su instituto OIKOS, pero cuya visión alcanza los problemas más alejados que puedan pensarse de su especialidad, y que él domina con soltura que causa asombro, tiene aquí un puesto especial: por lo prolongado y sostenido de su colaboración, y porque vivió con nosotros dos años sabáticos en que gozamos semanalmente de su caballerosidad y amistad. Pero no acaban aquí nuestros queridos amigos y colaboradores de Hispanoamérica y no podemos olvidar a los argentinos Bernardino Montejano —universitario de raza, comunicador excepcional, amigo del alma y gaucho de la mejor tradición hispánica—, Jorge Labanca —a quien no he tenido la oportunidad de conocer y que Juan Vallet cultiva desde hace decenios, instalado en las actividades financieras sin que la fe desfallezca—, Alfredo Sáenz, S. J. —jesuita extraordinario, lo que añade un plus a la calificación, pues buena parte de ellos suelen serlo, y de una solidez digna de otros tiempos, cultivador tanto de la patristica como de la iconología y autor de un libro sobre Fukuyama, entre otras decenas de obras—, Enrique Díaz Araujo —de cultura tam-

bién ingente y de valor que no le va a la zaga, a quien debemos un libro polémico y excepcional *América, la bien donada*, merecedor de estudio, reflexión y crítica—, Rafael Breide —que porta con su brazo generoso la *Gladius* de nuestros hermanos, revista de mérito, quizá de las más destacadas de alta divulgación de todo el orbe católico—, Luis Esteban Roldán —que alienta otra revista de información católica de extraordinario interés y relieve y que nos ha visitado varias veces desde su primera juventud—; a los peruanos Vicente Ugarte del Pino y Fernán Altuve-Fevres, historiadores del derecho y de las instituciones, con calado doctrinal, aquél amigo de Elías de Tejada y Juan Vallet, presidente que fue del Tribunal Supremo de su país, el segundo joven político y académico autor de un notable volumen sobre *El Reino del Perú*; a los chilenos Miguel Poradowski, sacerdote de origen polaco incansable en su apostolado intelectual, que en su ancianidad regresó a su tierra y de quien no hemos vuelto a tener noticias, Mario Correa —que fue agregado cultural a la Embajada de Chile en Madrid en años difíciles y hoy es rector de una joven universidad en su Santiago—, Raúl Madrid, Gonzalo Laros o Alvaro Pezoa —todos notables profesores de Universidad en disciplinas humanísticas, jurídicas y políticas—; a los brasileños Ricardo Dip y Clovis Lema Garcia —que siguen el camino de su maestro José Pedro Galvão de Sousa con toda dignidad, magistrado y penalista el primero, aunque también de muchos más intereses, iuspublicista solvente el segundo—, y antes al inolvidable monseñor Emilio Silva, radicado hasta su muerte en Río; a los mejicanos Enrique Mendoza, que vivió algún tiempo entre nosotros, y Víctor Manuel Sánchez Steinpreis y Nemesio Rodríguez Lois, periodistas y escritores; al también mejicano y prematuramente desaparecido de la irredenta Tejas Heriberto Porras, de quien no puedo callar el imborrable recuerdo de su hospitalidad en mi estancia por aquellas tierras; el nicaragüense Juan Bosco Cuadra, sobrino del poeta Pablo Antonio, que en su juventud fuera tan amigo de Eugenio Vegas, y tantos otros. Y los hermanos portugueses Vaz Pinto, miguelista y si no recuerdo mal militar, que acudió a varias de nuestras convocatorias, un verdadero caballero, Múrias —periodista de garra recientemente desapare-

cido, que también vino a una de nuestras reuniones y con quien departimos en una gratísima velada en casa de Paco Pepe Fernández de la Cigüña—, Antonio Da Cruz Rodríguez, alma del fraternal Círculo Vector y de la Universidad Libre de Lisboa, y finalmente el periodista, también miguelista, de amplias simpatías carlistas, y gran amante de nuestra Castilla, Joaquim Cymbbron.

Y los italianos, siempre bien nutridos y además creciendo. En primer lugar, el inolvidable Michele Federico Sciacca, gran maestro de quien nos hemos sentido también discípulos. Y Pier Paolo Otonello y Maria Adelaida Raschini, que han prolongado su escuela en la Universidad de Génova y en las publicaciones que fundó: *Filosofia oggi* y *Rivista Rosminiana*. Y Giovanni Cantoni y su milicia de *Alleanza Cattolica* y *Cristianità*, con Attilio Tamburrini, Francesco Pappalardo, Mauro Ronco y Alfredo Mantovano, todos de grandes cualidades y que han ido abriéndose camino en la actividad política o eclesial, el primero como dirigente de la Ayuda a la Iglesia Necesitada, y los otros tres en gabinetes ministeriales, el Consejo de la Magistratura y la subsecretaría del Interior, respectivamente. Y el historiador Roberto de Mattei, con su empresa no menos militante, acogida al nombre glorioso de Lepanto, secundado, entre otros, por el entregado Guido Vignelli. Y Maurizio Dente, nuestro corresponsal más fiel y constante en el hispanísimo Reino de Nápoles, acompañado del filósofo Gianni Turco y la historiadora Mariolina Spadaro, y de la incansable Marina Carrese... Porque a Silvio Vitale, el campeón de la historiografía napolitana contrarrevolucionaria, el amigo del alma de Elías de Tejada, lo hemos conocido en otros circuitos. Y el mundo del Instituto Rosmini de Bolzano, que nos ha permitido tratar y lucrarnos de la compañía intelectual de un granado equipo de profesores, juristas, filósofos, historiadores, y que no habrá pasado inadvertido al lector atento. A comenzar por Danilo Castellano, cabeza, corazón y manos de la revista *Instaurare*, de Udine, una de las grandes figuras de la inteligencia católica íntegra, colaborador frecuente de *Verbo* y ponente en tres de nuestras reuniones. Así como Francesco Gentile, *caposcuola* del máximo prestigio en la Academia de su país, bien conocido también en el mundo de lengua castellana y francesa. Y el fino constitucionalista Pietro

Giuseppe Grasso, que ha debelado con escalpelo jurídico el engaño democristiano en forma particularmente brava. Pero también Claudio Finzi, gran especialista del siglo xvi, comprendido el nuestro, nuestro gran siglo de oro, pero también de la tecnocracia y las transformaciones del poder en nuestros días, o don Dario Composta, eclesiástico a la antigua, con su sotana, amante de la vieja liturgia de la Iglesia y cultivador de nota de la filosofía práctica, incluida la jurídica.

De Francia, a los nombres antes mencionados, hemos de añadir al gran historiador y cultivador de la apologética católica, en particular hispánica, Jean Dumont. De gran éxito editorial estos últimos años merced a la Fundación Elías de Tejada y a la editorial Encuentro, tenemos a gala haber publicado sus primeros textos en castellano y haber contado con su colaboración escrita y personal en varias de nuestras reuniones. También la amistad con Bernard Dumont y su inteligente revista *Catholica*, de la que tanto nos hemos aprovechado y que ha querido participar de nuestras actividades en varias ocasiones.

Y de Hungría, retornado de los Estados Unidos de su exilio, Thomas Molnar, una firma constante e imprescindible en la pequeña historia de *Verbo*. Ponente en una de nuestras reuniones, ha sido siempre una fuente inagotable de sugerencias desde su observatorio de todo lo que acontece en el mundo, de los hechos a las tendencias y a las ideas. El rumano-hispano Jorge Uscatescu, de vasta cultura, y criterios más vagos, también se asomó con frecuencia a nuestras páginas y participó con ponencias en las reuniones anuales.

En España se hace difícil hacer una reseña que no omita con injusticia excesivos nombres, cada uno con su ofrenda, que en definitiva han hecho posible y hacen posible esta continuidad milagrosa. Pienso en primer lugar en los contertulios de los martes. Eugenio Vegas, destacadamente. Los desaparecidos Germán Alvarez de Sotomayor, Gabriel Alférez, Augusto Díaz-Cordovés, Juan José Morán y José Antonio García de Cortázar antes mencionados. Los también desaparecidos Domingo Vega, Mercedes Semprún, Julio Garrido, Julián Gil de Sagredo, Alfonso-Carlos Hernando de Larramendi, Paco Liaño, el marqués de Cerverales,

Luis Victoria, José María Carballo, Iván Dubrabeck. De todos podríamos decir algo: del humilde, ejemplar y sorprendente Domingo Vega, gerente y hombre para todo de la modestísima organización o quizá, mejor, de la semilla de organización; de la discretísima Mercedes, la primera mujer que recuerdo activa en las reuniones de los martes, o mejor, antes de las mismas, pues solía desaparecer inadvertidamente en cuanto comenzaba, pozo de ciencia y con una vida llena de interés; del sapientísimo y bondadosísimo Julio Garrido, académico de la Real de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, orientalista, corresponsal de Monseñor Lefebvre y del abate Georges de Nantes entre nosotros; de Julián Gil de Sagredo, orador y expositor escolástico, un tanto jesuítico, de gran valor, abogado valiente, hombre de una pieza y persona de bien y profundamente buena; de Alfonso Larramendi, carlista hasta las cachas, querido y asiduo amigo, hundido en uno de los sillones de la esquina de nuestra sala de juntas, siguiendo con viva atención las discusiones y participando en ellas con cariñosa vehemencia; de Paco Liaño, siempre sonriente y benévolo, también carlista e ingeniero de armas navales; del marqués de Cerverales, que frecuentaba los martes mientras vivió Eugenio y que luego fue desapareciendo poco a poco, tan discreto que apenas acudía en auxilio de quien estaba haciendo uso de la palabra para recordarle el dato que no le salía o ayudarle a hacer memoria; de Luis Vitoria, con su pajarita y su puro, canonista competente; de José María Carballo, artillero que hizo la campaña de Rusia, economista distinguido y, sobre todo, hombre torrencial y apocalíptico: hasta el punto de que Juan Vallet lo sentaba a su derecha en la sala para reprimir sus excesos —deliciosos a decir verdad— en algunas ocasiones. Iván, llegando mediada la reunión, y quedándose fuera mientras atendía simultáneamente a lo que hablábamos y ojeaba las últimas revistas recibidas. Y entre los que continúan su servicio con perseverancia y más o menos asiduidad: el padre Arredondo, que siempre pone un punto de equilibrio y de realismo, y que lleva sus muchos años con desenvoltura que roza lo increíble; el general Armando Marchante, puntal del resto de Israel en que hemos parado, y que siempre es capaz de prestar un servicio

inteligente; el notario Paco Lucas —del que nos ha privado la Escuela de Práctica Jurídica, pues coincide el horario de sus clases con nuestras reuniones, y que en una temporada fue discretamente asiduo, pero que no falta en cambio a las cenas de San Fernando y a las de fin de curso del Club de Campo—; el antes citado Alberto Ruiz de Galarreta, a mi juicio hombre imprescindible en el equipo por tantas razones; y Luis González —presidente de Speiro muchos años, otro ejemplo de discreción e inteligencia proverbiales—, Paco Pepe Fernández de la Cigüña, Gonzalo Muñiz, Fernando Claro, Antonio Mendoza, Antonio Muñoz Junguito, Luis María Sandoval, José Joaquín Jerez.

Pero, junto a los anteriores, aparecen en lista aún más extensa, quienes sin frecuentar las reuniones semanales, fueron o siguen siendo asiduos de las reuniones anuales. Entre los que ya se nos adelantaron en llegar a la meta, Angel González Álvarez, catedrático de metafísica, que fue ponente en varios de nuestros congresos y que se adaptaba maravillosamente, pese a su seriedad, a nuestro desenfado; Sebastián Mariner, latinista eximio, todo cortesía y hombría de bien; los ministros Antonio María de Oriol y Alfredo Sánchez Bella; el gran escritor y director que fue de *Punta Europa* Vicente Marrero; Domingo Obradors, empresario y benévolo llevador de nuestras escurridas cuentas; Salvador Ferrando, abogado, caballero y carlista; Joaquín Ortiz de Zárate, digno hijo del coronel heroico, discreto y leal; el inolvidable José María Ramón de San Pedro; Jesús Valdés, oficial de Caballería y profesor de Derecho Natural; el abogado del Estado carlista Raimundo de Miguel; Manolo Gómez; el juez Vázquez Tamames, de Salamanca; Benito Cuesta; Agustín Guimerá; Carmen Schar.

Y entre quienes por distintas razones se han quedado en el camino Abelardo de Armas, Gonzalo Cuesta —tan importante tantos años y tan querido siempre—, los Urcelay, Jaime y Javier, y Vicente Fernández-Burgueño, y mi gran amigo Javier Badía, y su hermana Mariángeles, y Begoña García-Conde, y Elio Gallego... Pero son muchísimos más, pues, a lo largo de los años, se cuentan por centenares quienes han pasado, aunque algunas veces, por nuestras reuniones de formación, o los que han dejado alguna contribución a la revista *Verbo*. Nombres muchas veces ilustres a la



sazón o luego convertidos en tales, otras veces profesionales distinguidos, siempre gentes de valor. Serán tantas las omisiones que me avergüenza la flaqueza de mi memoria y lo incompleto de mis conocimientos. Queden sin embargo estas páginas como modesto intento de presentar un cuadro impresionista de lo que han sido cuarenta años de actividad de apostolado intelectual y político.

Otros gracias a Dios siguen frecuentándonos: Elisa Ramírez, que queda de la que fue una más intensa colaboración con la Milicia de Santa María; el siempre agudo Ángel Maestro, importante nudo de comunicaciones; Leonor Vegas-Latapic y su marido el Barón Christian de Cussac; Maite Cerdá y su marido Carlos Mocholí; el editor Carmelo López-Arias Montenegro; Mario Soria, de cultura asombrosa; el académico José María Castán, en quien tantas veces la devoción se convierte en obligación merced a sus inmensas generosidad y bondad; Luis Fernando Zayas, padre e hijo, dispuestos siempre a hacer una escapada desde Bilbao para compartir un momento con nosotros; Paco Cortés, que hoy vive en los alrededores de Madrid; el notario Angel Martínez Sarrión; el ministro Gonzalo Fernández de la Mora —ponente en dos de nuestras reuniones—; y los Gamba —Rafael, Andrés y José Miguel, y las hijas de éste, a comenzar por Olaya—; Luis Valiente, director de la editorial Actas, y su mujer, la valiosísima profesora Consuelo Martínez-Sicluna; Luis María Sandoval y su Círculo de Estudios de Nuestra Señora de Wladimir. También —que no hay orden buscado de los nombres, sino que simplemente los transcribo conforme aflora el recuerdo— José Luis Corral y Alberto Jornet. Y José Miguel Serrano, Evaristo Palomar, Juan Cayón, Carmen y Pepa Fernández de la Cigoña, y los economistas Antonio Martín Puerta, Félix Muñoz y Oscar Vara. Y Gustavo Blanco y Antonio Sánchez. La célula, primero de los miércoles, y después de los jueves, de universitarios, que lleva funcionando con alguna discontinuidad cerca de veinte años, ha renovado constantemente los contingentes de operarios de la mica, de manera que los nombres de los más jóvenes recién mencionados en algún momento pasaron por ella.

De los de fuera de Madrid también hay que dejar algún mínimo elenco. Primero entre los que han espaciado su presencia:

Toñín Urzaiz, y las hermanas Ortiz de Zárate, y Andrés Salgado, y Federico Cantero —que ejerce el notariado en tierras galaicas y nos ayuda desde ellas—, y José María Cusell —cancerbero esforzado de la lealtad carlista y que vive ahora trasterrado, y dichoso, en Las Palmas, lejos de su querida Cataluña—, y los Ribas, de Málaga. También Antonio Segura Ferns, en Sevilla, economista-filósofo. Y también los que por fortuna tenemos ocasión de encontrar con más frecuencia: Jope Echave-Sustaeta; Capdevila; los Rovira de Valls; los Juanola, en Gerona, que continúan el apostolado del integérrimo mosén Mariurià Brunsó; el propio Pedro Brunsó; la Unión Seglar de San Antonio María Claret, de Barcelona, con la familia Argerich a la cabeza, sostén principal de nuestras actividades en el Principado. Pero, gracias a Dios, y pese lo menguadas que se hallan nuestras fuerzas, no podemos mencionarlos a todos, aunque todos están en nuestro corazón y en nuestras oraciones.

Finalmente están los sacerdotes. Que por designio fundacional han ocupado un puesto discreto, pues nuestro quehacer, teórico o práctico, se ha desenvuelto en la elucidación y aplicaciones de la doctrina social y política de la Iglesia. Que es obligación de los laicos según lo que Ousset llamaba el sano laicismo (*recte*: laicidad) del laicado cristiano. Pero que siempre han estado a nuestro lado, administrando los sacramentos, según su propio estado, e ilustrando las conciencias en las dificultades de nuestro apostolado. Que han sido y son tantas. También aquí es posible que olvide a muchos —no se olvide que cronológicamente estoy inhabilitado para la redacción de esta nota, al haber nacido el mismo año que la revista, ignorante por lo mismo de su primera etapa, pese a una cierta precocidad que hace pueda remontar mis recuerdos a veinticuatro años atrás—. Así apenas recuerdo al padre Eustaquio Guerrero, de la Compañía de Jesús, que tanta importancia tuvo, y que tan regularmente nos atendió; pero, en cambio, podría explayarme en la constancia heroica en medio de sus años y sus increíblemente numerosas actividades de su hermano de religión el padre Agustín Arredondo. O de la importancia del papel del también jesuita Baltasar Pérez Argos. De los dominicos son para mí inolvidables, pero lo importante es

que fueron colectivamente importantísimos, los padres Teófilo Urdanoz y Victorino Rodríguez. Especialmente este último, con su desaparición prematura, dejó un hueco imposible de llenar y del que aún nos resentimos. El padre Alba, jesuita, y su obra parajesuítica por la indigencia de los tiempos que nos ha sido dado vivir, en particular el padre Manuel Martínez Cano, tienen también un lugar privilegiado en el libro de honor de nuestros recuerdos y de nuestras intenciones. También el pasionista Bernardo Monsegú, que al quedar imposibilitado nos dejó el encargo de *Roca Viva*, que para nuestra gran tristeza no hemos sido —quizá no he sido— capaces de preservar y acrecentar. Pero son tantos otros, algunos ya fallecidos, otros retirados y unos últimos en fructífero apostolado, que citamos sin orden: mosén Domenech, los padres Roig Gironella, González-Quevedo y Suñer, S. J., el cooperador de Cristo Rey Martínez Sospedra, el ilustre hebraísta Alejandro Díez Macho, el canónigo canarión don Juan Ramírez Valido y el segoviano don Lucas García Borreguero, don Luis Ruiz Galiana —que fundó la recién citada *Roca Viva*—, el claretiano Joaquín María Alonso, el sacerdote de la Hermandad de San Pío X Felipe Pazat, Pablo Cervera...

No es fácil proseguir la tarea en estos tiempos. Pues no lo es comprender qué es lo que el Señor nos pide a nosotros —que tenemos un carisma particular— en tiempo de general apostasía. En ese haz de luz hay que situar la doctrina social de la Iglesia y la teoría política contrarrevolucionaria. La doctrina social de la Iglesia aparece vinculada a la teología, y más concretamente a la teología moral, lo que la separa tajantemente de ideologías y programas políticos. Brota de formular cuidadosamente los resultados de la reflexión sobre la vida del hombre en sociedad a la luz de la fe y busca orientar la conducta cristiana desde un ángulo práctico-práctico o pastoral, por lo que no puede desgajarse de la realidad que los signos de los tiempos imponen y que exige una constante actualización del "carisma profético" que pertenece a la Iglesia. En consecuencia, concierne directamente a la misión evangelizadora de la Iglesia. No es irrelevante en este sentido que en su significado estricto la doctrina social de la Iglesia se haya desarrollado en la edad contemporánea o que el magis-

terio eclesiástico haya tenido en ésta el carácter diferencial de ocuparse, de un modo inusitado en siglos anteriores, de cuestiones de orden político, cultural, económico-social, etc., ofreciéndonos todo un cuerpo de doctrina centrado en la proclamación del Reino de Cristo sobre las sociedades humanas como condición única de su ordenación justa y de su vida progresiva y pacífica. En cuanto a la contrarrevolución no es sino la oposición a la revolución, entendida como acción descristianizadora sistemática por medio del influjo de las ideas e instituciones políticas.

Como he escrito en otras ocasiones, la filosofía política contrarrevolucionaria y la doctrina social de la Iglesia han consistido, de consuno, en una suerte de "contestación cristiana del mundo moderno". Hoy, no sé hasta qué punto su sentido histórico —el de ambas, aunque de modo distinto— está en trance de difuminarse, pero en su raíz no significó sino la comprensión de que los métodos intelectuales y, por ende, sus consecuencias prácticas y políticas, del mundo moderno, de la revolución, eran ajenos y contrarios al orden sobrenatural, y no en el mero sentido de un orden natural que desconoce la gracia, mas en el radical de que son tan extraños a la naturaleza como a la gracia. Ese combate contra el liberalismo y el naturalismo contemporáneos es hoy más necesario al tiempo que más difícil que nunca, pues no en vano todo rezuma tales errores. La tentación de eficacia, que en este punto no es otra que la del mundo, lleva a muchos a pasarse a las filas de la democracia cristiana, más o menos maquillada, dejando desguarnecida nuestra trinchera. Pidamos a Dios que nos mande nuevas vocaciones a su servicio en la causa de la Ciudad Católica, que es la de la civilización cristiana, que el siglo no puede sino rechazar.